

La aventura de vivir

El Roble

Calros Silvar

artabro
editora

ediciones
Lectio

El roble

Calros Silvar



BAÍA EDICIÓN S

Índice

1ª Edición: Octubre de 2012

© 2012 Calros Silvar (textos e ilustraciones)

© 2012 ÁRTABRO Editora
Polígono de Pocomaco, 2ª Avda.
Parcela A2/22
15190 A Coruña
Tel.: (+34) 981 174 296
Fax: (+34) 981 915 698

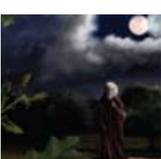
LECTIO Ediciones
C/ de la Violeta, 6
43800 Valls
Tel. (+34) 977 60 25 91
Fax (+34) 977 61 43 57
www.lectio.com
lectio@lectio.es

Ilustraciones, traducción y adaptación: Calros Silvar

Impresión: Galigraf Galicia, A Coruña

ISBN Ártabro: 978-84-
ISBN Lectio: 978-84-
D. Legal: C x-2012

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

	Los árboles	6	¡Qué gran casa!	24	
	Yo soy <i>Quercus</i> , <i>Quercus robur</i>	8	Buenos vecinos	26	
	Distinguir los <i>Quercus</i>	10	Pero... ¡si somos un hervidero de vida!	28	
	Empieza a aventura, la bellota	12	Sobrevivientes	30	
	Asomando a la vida, el plantón	14	¡Qué difícil llegar a viejo!	32	
	El paso de las estaciones: la primavera	16	Viejos usos	34	
	El paso de las estaciones: el verano	18	En la botica	36	
	El paso de las estaciones: el otoño	20	En otros tiempos..., en otras culturas	38	
	El paso de las estaciones: el invierno	22	Dichos, glosario y otras hierbas	40	



Los árboles

Los árboles somos los vegetales más grandes y más longevos de la Tierra (podemos vivir muchos más años que las personas). Pero no es fácil llegar a viejos, para ello debemos sortear gran cantidad de peligros. Aunque vivimos sujetos a la tierra, corremos nuestras aventuras... que os contaré en este libro.

Los árboles destacamos por nuestra especial y elegante figura: Tenemos un cuerpo esbelto, el **tronco**, que acaba en una **copa** formada por ramas y hojas.

Perotani importante como esto es lo que no se ve: en tierra hincamos nuestra amplia **raíz**, que nos permite alcanzar altura y soportar los vientos o las corrientes de los ríos en invierno. A través de las raíces los árboles nos alimentamos: absorbemos por ellas, como si fueran las pajitas de un refresco, las sustancias de la tierra y las transformamos en alimento en las hojas.

Las **hojas** utilizan la luz del sol para elaborar su alimento en un proceso llamado **fotosíntesis**, que consiste en la absorción del **dióxido de carbono** existente en la atmósfera y su liberación al ambiente transformado en **oxígeno**. Mediante la fotosíntesis, los árboles ayudamos a mantener limpio el aire que respiráis: ¡por eso a los jardines se les llama el pulmón de la ciudad y los bosques y selvas somos considerados el pulmón del planeta!



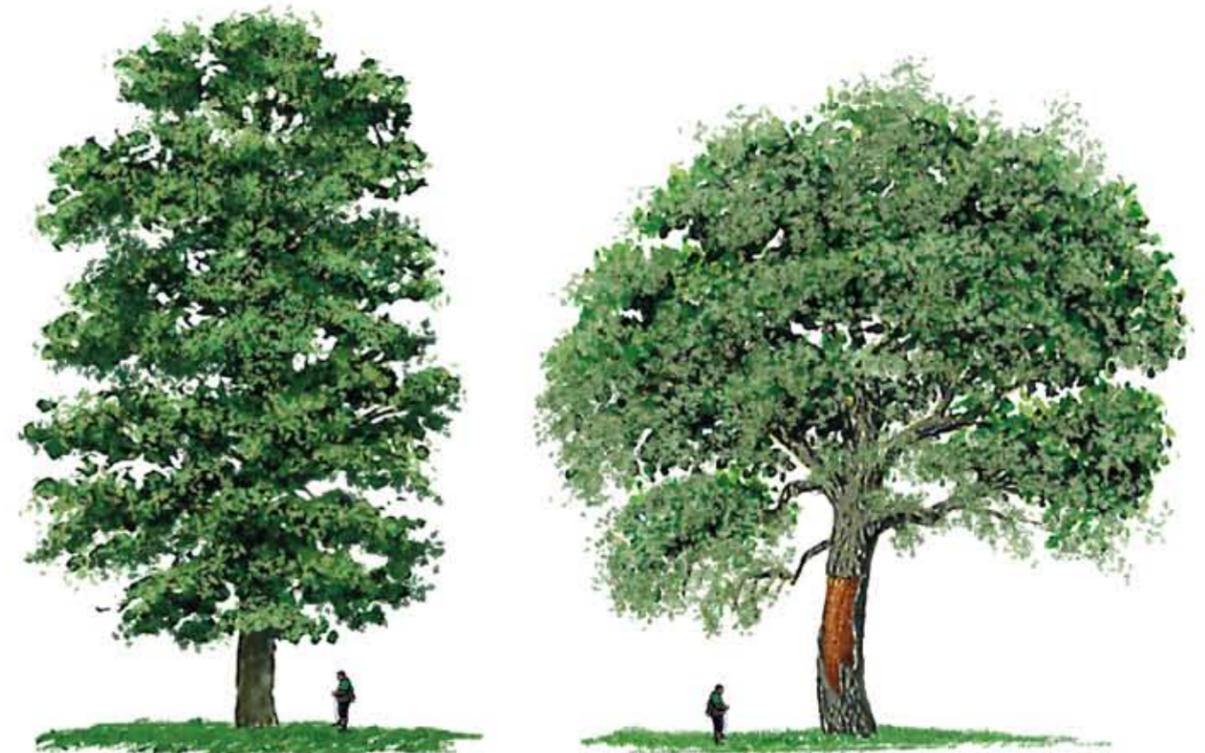
El roble puede alcanzar 40 metros de altura. La copa amplia indica que vive en campo abierto

Yo soy *Quercus*, *Quercus robur*

Este es el nombre latino por el que soy conocido en todo el mundo, es el nombre utilizado por la comunidad científica de los distintos países para asegurarse de que se refieren a mí. **Roble** es mi nombre autóctono, o sea, el propio en lengua castellana. En otros países se me conoce con los nombres correspondientes a sus lenguas propias: *Oak tree* en inglés, *chêne* o *rouvre* en francés, *farnia* en italiano, *haritz* en vasco, *roure* en catalán, *carballo* en gallego, etc.

Pertenezco a la gran familia de los *Quercus* (se pronuncia *Cuercus*), pero no me confundáis, pues en el mundo hay más de cuatrocientas especies de *Quercus*, ¡y todos somos parientes! Más o menos la mitad de nosotros perdemos la hoja en invierno y por ello se dice que somos **caducifolios** (de hoja caduca), el resto son **perennifolios** (de hoja permanente) porque las conservan todo el año. Estos últimos tienen unas hojas adaptadas para evitar la pérdida de agua y resistir las sequías: son más gruesas, están cubiertas por un suave pelo o terciopelo, el **haz** (cara principal de la hoja) es más oscuro que el **envés** (cara inferior de la hoja), el borde es espinoso y tienen una cubierta fina como de cera.

En Europa vivimos unas veinticinco especies diferentes de *Quercus*, pero con las que tengo más trato, pues habitamos áreas próximas, es con mis primos Roble albar (*Quercus petraea*), Melojo (*Quercus pyrenaica*), Encina o carrasca (*Quercus ilex*), Quejigo (*Quercus faginea*) y Alcornoque (*Quercus suber*).



Roble albar

Alcornoque

Los *Quercus* somos árboles pioneros: tenemos una gran capacidad de adaptación y nos asentamos en nuevos territorios con cierta facilidad, colonizándolos.

Uno de nuestros trucos es que nos emparentamos entre las diferentes especies por lo que aprovechamos lo mejor de cada una, dando árboles **híbridos**. Otro truco es que, como cada uno tenemos nuestros gustos, siempre hay un lugar adecuado para alguna especie de nuestra gran familia. Yo prefiero los suelos húmedos; el Roble albar los prefiere secos, el Melojo secos y ácidos; el Quejigo, el Alcornoque y la Encina buscan climas cálidos y más o menos secos. El resultado final es que juntos somos capaces de ocupar vastos territorios, de hecho nos expandimos por todo el mundo... ¡somos vegetales cosmopolitas!



Encina

Quejigo

Melojo

Empieza a aventura, la bellota

Muchos vegetales empleamos flores para reproducirnos: los *Quercus* producimos flores masculinas y femeninas generalmente en el mismo árbol.

Las flores femeninas se asemejan a botellas y se agrupan en la base de las hojas, protegidas por un anillo de escamas que crece con ellas, hasta convertirse en la típica **cúpula** o sombrero de las bellotas.

Las flores masculinas cuelgan en ramilletes de la punta de las ramas y forman bolsas, donde guardan el **polen** hasta el momento de expulsarlo. Se pueden ver en la página en la que hablamos de la primavera, un poco más adelante.

El polen está formado por granos minúsculos que cuando, llevados al azar por el viento, caen en las flores femeninas (¡ya es casualidad!) las fecundan. En las ocasiones en que esto ocurre, la flor femenina crece hasta formar la bellota, nuestro fruto característico, que madurará en unas semanas.

Los Robles tardamos algo más de diez años en hacernos mayores y producir bellotas, pero cuando llega el momento, cada año nos nacen por millares... No lo hacemos por presumir sino por necesidad, pues muchas de ellas sirven de alimento a roedores, jabalíes, corzos, urracas... y otras tantas son atacadas y dañadas por hongos e insectos.



Pero muchos de esos comebellotas nos favorecen: algunos son codiciosos y las amontonan para el invierno; pero a veces se olvidan de ellas y en esos escondrijos abandonados puede que germine alguna bellota, de la que saldrá un nuevo árbol.

¡Así, sin darse cuenta, nos ayudan a alcanzar lugares a los que, quizás, no habiéramos llegado nunca!



El paso de las estaciones: el verano

A principios de verano estamos hermosos, cubiertos de hojas y ramilletes de bellotas creciendo, aunque, como hace calor, seguimos soportando los ataques de las orugas de las mariposas, de los chinches, de los pulgones, de los gorgojos y de los escarabajos... Unos inquilinos tan menudos como molestos que empiezan a hacer notar sus efectos en nuestras hojas.

¡Menos mal que contamos con la ayuda de la aviación!... Mosquiteros, Herrerillos y Carboneros, Currucas o Papamoscas, se relamen con los insectos y demás bichos que nos infestan. Estas aves nos hacen un gran favor a la vez que se alimentan.

Pero no todos nos ayudan; otros, como el Arrendajo, el Pico real o la Paloma torcaz, junto con las Ardillas y otros roedores, vienen a devorar nuestras tiernas bellotas haciéndonos la vida más difícil.

Buenos vecinos

Los Robles no vivimos solos en la Naturaleza, ¡ya os disteis cuenta!: vivimos en grupos, en los bosques, donde nos acompañan otros árboles y plantas menores. ¡En la variedad está el gusto!

Según las características de la tierra, el clima y la altitud, como ya os dije, abundamos más unas especies que otras: los Robles preferimos suelos ricos y un clima húmedo con temperaturas más o menos suaves. Roble albar prefiere suelos más pobres y soporta temperaturas más frías. Melojo es más oportunista, y tanto vive en la alta montaña como en la orilla del mar, acomodándose a las zonas con sequía estival.

En el viejo bosque que cubría nuestro país, los Robles éramos el árbol dominante y convivíamos con Avellanos, Arces, Almeces, Fresnos, Castaños, Cerezos, Perales y Manzanos silvestres. En las zonas más cálidas, en la costa y en el curso de ciertos ríos, se nos unen el Madroño y el Laurel. Las áreas de montaña son tierras para Melojo y Roble Albar, y con ellos viven el Álamo, el Acebo y el Serbal, que prefieren un clima más fresco.

Bajo el manto que formamos los grandes árboles, en el sotobosque, crecen otros menores: Perales y Manzanos silvestres, Espino albar, Endrino, Arraclán, Ciruelos, y otros arbustos que prefieren la sombra: Rusco, Arándano y una gran variedad de plantas, musgos y helechos.



Manzano
(*Malus sylvestris*)



Cerezo
(*Prunus avium*)



Endrino
(*Prunus spinosa*)



Avellano
(*Corylus avellana*)



Acebo
(*Ilex aquifolium*)



Olmo montano
(*Ulmus glabra*)



Abedul
(*Betula alba*)



Arce blanco
(*Acer pseudoplatanus*)



Brezo
(*Erica arborea*)



En otros tiempos..., en otras culturas

En la cultura tradicional éramos algo más que un simple árbol: simbolizábamos la vitalidad y la fuerza (de ahí la frase “ser fuerte como un roble”) y se nos atribuían poderes especiales, mágicos, como la capacidad de curar enfermos con solo refregarse con nosotros, atravesar algún hueco de nuestro tronco o dormir sobre nuestras ramas. Son restos de creencias de tiempos remotos.

La palabra latina *Quercus* deriva de las palabras celtas *Kaer*, que significa ‘hermoso’, y *Quez*, ‘árbol’. Para los pueblos de cultura celta éramos *Kaerquez*, el “Árbol Hermoso”, teníamos la consideración de árbol sagrado y los robledales guardaban para ellos un significado especial; allí celebraban sus ritos religiosos.

A esos bosques sagrados los denominaban *Lubre*, otra palabra celta que aún se conserva intacta en la toponimia gallega y también en la francesa: *Louvre*. Sí, el lugar donde hoy se alza el más importante museo francés.

Los galos, habitantes de la Galia, el país que hoy conocemos como Francia, también tallaban exvotos con nuestra madera y los ofrendaban a las deidades de los ríos, como *Sequana*, en el nacimiento del Sena... el mismo río donde, aguas abajo, se encontraba el bosque antes mencionado, en la actual ciudad de París.

Algunos robles se consideraban inmortales y eran tan venerados (se les denominaba *bile*) que se consideraban tótems (protector y representante) del Clan y al resguardo de su copa celebraban sus Consejos tribales.

Cántabros y vascones dotaron de representatividad y simbolismo algunos grandes robles, que utilizaban como lugares de reunión de los *Concejos abiertos* (en Cantabria) y de las *Juntas* de Vizcaya y Álava e incluso como marcas de territorio, caso del árbol Malato, marca del Señorío de Vizcaya. Son rastros y evidencias de antiguas creencias y costumbres.

En Cataluña hay muchos lugares con el nombre *roure*, y muchos apellidos, lo que puede indicar su importancia en el pasado.

Normandos y teutones representaban en nosotros a *Thor* (se pronuncia Zor) su dios supremo y nos llamaban “Árbol de la Vida de Thor”.

Los griegos también nos consideraban representación de su dios *Zeus*. Estos pueblos antiguos veían en nosotros la representación del poder, del vigor y la fuerza y, por tanto, nos otorgaban la representación de los temibles dioses que manejaban sus vidas.

Para helenos y celtas representábamos el “Eje del Mundo” y servíamos de vínculo entre la tierra y el cielo, de oráculo entre los hombres y los dioses.

Para los antiguos romanos éramos el árbol de Hércules y, en Roma, al pie de un roble que crecía en la colina Capitolina, al lado del templo de Júpiter, dios mayor de los romanos, los ciudadanos ofrecían sus primeras cosechas.

